EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11947

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 7 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.--Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡A MURCIA!

A Murcia, sí, á pagar á los murcianos la visita que nos hicieron en Agosto.

La compañía del ferrocarril facilita los medios; como es uso y costumbre, ha establecido los billetes baratos y por unas cuantas pesetas—muy pocas—nos lleva y nos trae.

¿Quién toma billete? ¿Quién quiere ver la reina del Segura con su manto de flores asentada en su trono de esmeraldas?

Sin duda no hay quien rehuse la tentadora invitación: solo que habrá muchos que no tendrán dinero, ó lo necesitarán para otra cosa y se quedarán con la gana de *tomar* el tren para hacer el viaje.

Vagones ya hace hacerlo no faltan. La poderosa compañía que cuenta con la mar de afectos entre los habitantes del barrio de Peral, desde que prometió hacer el apeadero, ha acumulado en la estación material suficiente, para irlo llenando á medida que aumente la demanda. Si no es bastante un tren saldrán dos; y si ambos no fueran suficientes, saldrá un tercer tren, que será precursor del cuarto si éste hiciese falta.

No hay que amilanarse ni dejarse influir por las preocupaciones. Se trata de un viaje divertido y de una magnífica corrida de toros; y si el primero tiene grandes alicientes, la segunda atrae con más fuerza que el imán al hierro.

En muchos puntos se hacen preparativos para verificar el viaje en común; en otros se discuten los medios de hacerlo y en muchos se colocan esperanzas, que de no realizarse se convertirán en desengaños, dando al traste con la excursión ferroviaria, la visita anual y la corrida de los de Concha Sierra.

Por lo que se vé, se adivina que el día de mañana será de gran entrada en el andén. La compañía del ferrocarril hará un buen negocio y la empresa de la plaza hará el suyo bonito y saneado.

Y eso que faltan aun bastantes horas para la de la cita. Entre ésta y el momento presente está la noche próxima y es seguro que muchos que abandonaron el lecho esta mañana indiferentes á toda sugestión, se acostarán diciendo:

—Que me llamen temprano para irme en el tren.

Esto del viaje á Murcia es como todo. La semana antes nadie se acuerda; pero á medida que el tiempo va avanzando, se inicia el deseo y crece como bola de nieve.

Al principio son los aficionados á las fiestas de toros los que mueven bulla; después se unen á aquellos los que van á Murcia á ver á la familia; después los que van por costumbre, y por último, los que van por que sí, abandonados al movimiento general, sin saber si irán á los toros ó al real de la feria ó á ver los jardines de la vega murciana.

Y es de ver á la gente cuando llega la víspera. Una parte se escapa en el mixto, adelantándose para buscar alojamiento. El grueso de la expedición marcha en el tren ó los trenes siguientes, los de la mañana, donde se viaja prensado, pero con una alegría tan loca que no hay tren de toros que no sea un escándalo de voces y risas, cantos y rasgueos de guitarra.

A la hora presente hay gran entusiasmo. Los que van en familia circulan las últimas órdenes. Los desganados van entrando en ganas. Los juerguistas se disponen á correrla en grande. Y unos por una causa y otros por causa distinta, hay muchísima gente que mañana se levantará temprano para ir á la estación.

Y habrá que verla cuando marche contenta y alocada, y cuando regrese cayéndose á pedazos.

Con que viajeros: á tomar billete que el tren va á marchar.

TIJERETAZOS

Dicen de Londres:

«Corre el rumor de que Dewet también ha publicado una proclama ordenando que se fusile á todos los ingleses que sean capturados, después del quince del corriente».

Los boers no se achican.

Y hasta en eso procedimiento del terror va á quedar muy por bajo Kitchener.

Y se habla del humanitarismo en la guerra y de las conquistas de la civilización.

Valientes conquistas que convierten los hombres en fieras, pisotean el corazón de las madres y borran de una descarga á quema ropa la fraternidad de los hijos de Dios.

—

Ya vamos teniendo cierta semejanza con Marruecos.

¿Que no?

Pues á ver si no hay paridad entre el peatón de Moreda robado y atado y un correo de un cónsul europeo en Tánger robado y apaleado en el Mogrob.

Si ambos hechos parecen las copias de un retrato.

—

Dicen de Constantinópla que el sultán de Turquía está muy tranquilo, riéndose de los franceses y de las gallardías de las grandes potencias.

¿Conocerá el paño el de la media luna?

Tanto está acostumbrado á hacer lo que le da la gana, que no le entra en el magín que no pueda hacerlo esta vez.

Y lo hará, vaya si lo hará.

—

Los periódicos publican unas declaraciones del duque de Tetuán que ofrecerían muchísimo interés publicadas en China.

Hé aquí algunas frases:

«La escuadra me da tristeza. No he querido verla. Es muy de lamentar que consignándose ciento ochenta millones en el presupuesto, no haya entre esos buques una unidad táctica ni sea posible poner en la frontera, si fuera preciso, una división de 10.000 hombres con la rapidez y los elementos necesarios. La culpa de todo la tiene el Gobierno.»

Cualquiera diría que el duque es un modesto ciudadano que ha estado presenciándolo todo desde un rincón de España.

Pues no señor; el duque ha sido ministro muchas veces y ha incurrido en todo eso que dice.

Su arrepentimiento es tan grande que se administra por sí mismo ese disciplinazo.

Dese al prócer, que bien lo merece.

EL CORAZÓN

Explicando una tarde anatomía
un sabio profesor,
del corazón á sus alumnos daba
perfecta descripción.
Anonadado por sus propias penas
la cátedra olvidó;
y á riesgo de que loco lo creyeran,
con alterada voz:
«Dicen, señores, exclamaba pálido,
que nadie consiguió
vivir sin corazón precisa;
¡error, extraño error!
hay un sér de mi sér, una hija mía,
que ayer me abandonó;
las hijas que abandonan á sus padres
¡no tienen corazón!»
Un estudiante que del aula oscura
se oculta en un rincón,
mientras los otros escuchaban oyen
tan patético dolor,
sorprendido á un amigo y compañero,
le dijo á media voz:
«¡Piensa que á su hija el corazón le falta
y es que lo tengo yo!»

Eusebio Blasco.

Los linchamientos

EN LOS

ESTADOS UNIDOS

Teoría y práctica.

Coincidiendo en un discurso de tonos estrafalarios que el senador de la Carolina del Sur Mr. Benjamín Tillman, pronunció el 5 de Agosto último sobre «La cuestión de razas en el Sur», en que se da la población del Estado de Micousin (Milwanke), ha tenido lugar en las inmediaciones de Entrerprise (Alabama) un acto que debe ser conocido, para poder apreciar bien el estado real de la cultura y del humanitarismo en que al entrar el siglo XX se encuentra la decantada República de los Estados Unidos Americanos.

El senador Tillman no sólo hacía en su discurso una elocuente defensa del linchamiento de los negros, sino que considerando que en los delitos que cometen estos contra el poder de las blancas, con frecuencia se observa la mayor impunidad, por resistirse las personas ofendidas á presentarse ante los tribunales de justicia para exponer en público su vergüenza, proponía que se tuvieran siempre dispuestas unas buenas *escopetas*, que era el único medio de exterminar los 750.000 negros que hay en la Carolina; pues «el pueblo del Sur tiene derecho á gobernar en su propio país» y hay que impugnar, cazándolos como á lobos, las teorías ridículas de Bocker Washington y otros ideólogos que aspiran á que se dé al negro una educación industrial que le eleve al nivel del blanco. Tillman negó que los negros fueran aptos para gozar ningún género de derechos políticos ni civiles y dijo, entre los ruidosos aplausos de su auditorio compuesto en su mayor parte de mujeres, que los blancos tenían derecho á la santidad del hogar doméstico y á la virtud de las mujeres del Sur, y que ni aquella santidad ni esta virtud estaban suficientemente garantidas con las leyes, en la región donde contra la población mencionada de los 750.000 negros, no había más que 550,000 blancos.

—«No pretendo defender la bestialidad—concluía diciendo el senador Tillman—y doy gracias á Dios porque ya no hay esclavos bajo la bandera de las estrellas y de las barras. Pero, á *pesar del diablo*, los blancos tienen que quedar encima, y para esto no tenemos más ley que *la escopeta*. Hay que exterminarlos.»

Mientras así hablaba entre frenéticos aplausos en Milwanke (Micousin), he aquí el espectáculo que se daba en Enterprise (Alabama) con el negro John Wesley Pennigton, acusado de haber acusado brutalmente de una mujer blanca. El sufragio popular amotinado le condenó á ser quemado vivo, y para la ejecución de esta sentencia se reunieron centenares de libres ciudadanos de la comarca, indignados por el crimen odioso del etiope. El despacho telegráfico de Birmingham (Alabama) refiere así el suceso:

«Esperando que el negro confesaría su delito, varios ciudadanos se habían anticipado á clavar un tubo de hierro en el terreno, y al presentarse Pennington conducido por sus aprehensores, se hallaban aquéllos

tica, sobre el matrimonio, eran de gran oportunidad en 1802 «El Diario de los Debates» publicó un artículo firmado A. (de M. de Feletz), artículo de tono agradable, pero sumamente corto; la crítica de salón se hacía órgano de las censuras de la gran sociedad que renacía «Nada más peligroso y más inmoral que los principios propagados por esta obra. Olvidando aquellos en que ha sido educada la hija de M. Necker, el autor de «Las Opiniones religiosas» desprecia la revelación. La hija de Mad. Necker y del autor de una obra contra el divorcio, hace de apología del divorcio. «En suma» «Delfina» era separada como «una obra detestable escrita con mucho talento». Creo que este artículo pareció poco razonado, porque el mismo periódico insertó algunos días después dos cartas dirigidas á Mad. de Staël firmadas «El Admirador» las cartas son de Michaud. En la primera carta examina la tendencia de la novela, que reputa inmoral. La segunda carta se reduce al examen del estilo. «...La destrucción de los principios, el veneno de los siglos, los misterios de la suerte, las alas desterradas del amor...» Esta fraseología continental en esta epístola, incoherente, de acuerdo á las bases del autor de la carta. M. de Feletz escribió y afectó ciertamente de verdaderas incorrecciones y algunas faltas de tono «instituanos», «operasteis», «cultivaría», que han sido subsanadas á pesar de su voto. Podría

de Staël. En el final de Delfina (habla del primitivo que es el más bello), la heroina, después de haber agotado todos los ruegos con el juez de Leoncio, sabe que el hijo del magistrado está enfermo y lanza este grito sublime: «Eh bien! votre enfant, si vous livrez Leonce au tribunal, votre enfant, il mourra! Il mourra! Esta frase de Delfina fué realmente pronunciada por Mad. de Staël cuando, después del 18 Fructidor, corrió tras el general Lemoine para solicitar la gracia del perdón para M. de Narvins que iba á ser fusilado. El sentimiento de humanidad dominaba impetuosamente en su espíritu sin conocerle un momento de tregua. En 1802, inquieta por la suerte de Chenier, amenazado de proscripción, le buscó solícitamente, ofreciéndole asilo, dinero, pasaporte. ¡Cuántas veces hizo lo mismo durante el año 92 y en todas las épocas de su vida!

«Mis opiniones políticas son los nombres propios—decía. ¡Ah no! Sus opiniones políticas estaban basadas en principios; pero los nombres propios, es decir, las personas, los amigos, los desconocidos, todo aquel que sufría, tenía un lugar en su alma generosa, y los principios políticos se oscurecían ante el principio hermoso de amor á la humanidad!

Cuando «Delfina» apareció, la crítica no se pudo contener; había dado con una gran obra. Todas las opiniones, en efecto, sobre la religión, sobre la poli-

cartas de Clara d'Orbe (nueva Eloisa) son alegres alocadas... En una palabra: los personajes de las novelas por cartas, desde el momento en que cogen la pluma parece que se retratan, que se presentan al lector sin omitir los más insignificantes detalles personales...

El procedimiento resulta fastidioso. Pero admitido este defecto de forma, ¡cuanta delicadeza y cuanta pasión hay en Delfina! ¡Cuánta sensibilidad y qué penetración más sutil de los caracteres! A propósito de ellos hay que decir que eran tanto más difíciles de pintar por no existir en la sociedad aquella modelos que facilitasen la tarea. Yo no creo en las copias exactas de los novelistas de imaginación fecunda, pero dan á sus páginas los rasgos característicos, pero nada más; solamente se reproduce á la perfección un carácter cuando el autor lo crea por entero. Pero entonces había que buscar un modelo vivo para cada figura. Delfina se parecía evidentemente á Madame Staël; pero, á quien se parecían [illegible] Mad. de Cesleve, Matilde y Mad. de Versac en Mad. de Culebe creo reconocer á Mad. Necker de Saussure, en M. Sebensel, á Benjamín Constant; pero en este último caso el retrato no es completo; sólo entra en [illegible] lo que resulta, por otra parte, la unidad, por lo menos, de las alusiones tributadas á las cualidades de M. de Sebensel no pueden dirigirse al original sino